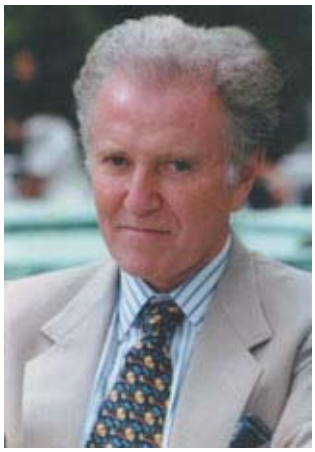
Dr. N. Alberto Martelli
(1938 – 2001)



Eduardo Schiavi
Hospital "María Ferrer"

Con el fallecimiento del Dr. N. Alberto Martelli ocurrido el día 19 de enero de 2001 a los 62 años de edad, la neumonología argentina ha sufrido una pérdida irreparable. Todos aquellos que tuvimos la inmensa suerte de compartir alguna actividad con él sentimos un vacío imposible de llenar.

Alberto Martelli inició su formación en Clínica Médica en el Instituto Modelo del Hospital Rawson. Durante su rotación como residente por el Hospital María Ferrer inició su contacto con la Neumonología y publicó su primer trabajo. Posteriormente, y ya incorporado al plantel estable del Hospital, conoció a través del Dr. Aquiles J. Roncoroni al Dr. Phillip Hugh-Jones quien lo ayudó a viajar a Inglaterra. De esta manera pudo continuar su perfeccionamiento en el King´s College de Londres donde consolidó su contacto apasionado con el enfisema pulmonar y la obstrucción de la vía aérea que lo acompañaría toda su vida. Son fruto de esta época sus trabajos sobre el diagnóstico radiológico del enfisema pulmonar y la identificación de formas clínicas similares al déficit de a1-antitripsina pero con niveles normales del mismo. Estos estudios fueron citados por su trascendencia en los textos radiológicos más difundidos, como nuestro conocido Fraser & Paré.

Al volver a la Argentina y a lo largo de toda su vida profesional continuó trabajando en el Hospital María Ferrer. La predicción del éxito de la resección de bullas enfisematosas compresivas con la medición de la presión elástica pulmonar, el asma inducido por indometacina y el efecto del cromoglicato en el curso temporal de la obstrucción bronquial provocada con harina fueron otros hitos de su producción científica. Su observación sobre la toxicidad pulmonar que producía la amiodarona bajo la forma de fibrosis fue descartada por quienes la utilizaban y fueron necesarios estudios hechos en otros países para que este hecho se incorporara a nuestra actividad diaria.

En los últimos años de su carrera se dedicó con pasión al asma en su forma más dramática, el asma casi fatal. Luego de la publicación del artículo "Near Fatal Asthma" en el New England Journal of Medicine del cual fue coautor e ideólogo, se dedicó a seguir minuciosamente todos los pacientes que se internaban en el hospital con dicho diagnóstico. Como consecuencia de esos trabajos concibió la idea original de que la provocación con metacolina podía ser un elemento de gran utilidad para evaluar el nivel de tratamiento y en particular regular la dosis de esteroides inhalados de estos difíciles asmáticos. Su enfermedad le impidió completar estos estudios pero la naturaleza visionaria de sus ideas ha empezado a aparecer en trabajos de la bibliografía donde se ha visto que, siguiendo criterios similares, podrían inclusive revertirse algunos de los cambios de remodelación como la fibrosis subepitelial.

Alberto fue un excepcional investigador. De naturaleza perfeccionista, pulía minuciosamente los protocolos de investigación para no dejar absolutamente nada librado al azar o la improvisación. "Mide lo que puedas medir y lo que no puedas medir hazlo medible" escribió Galileo y Alberto siempre intentó cuantificar lo que observaba y acompañarlo de una explicación lógica. Era un placer mayúsculo escucharlo disecar los trabajos publicados por otros autores sobre los que basaba sus proyectos. Veía detalles en el texto, figuras y gráficos que se habían escapado a los exigentes revisores de publicaciones de primera línea y encontraba el resquicio en el conocimiento que podía ser estudiado con los limitados métodos a su disposición. Con tan sólo un espirómetro y un nebulizador calibrado, su inteligencia le permitía diagramar estudios tan originales como importantes confirmando que la tecnología por más compleja que sea no reemplaza a las ideas.

Además de investigador, fue un excelente médico asistencial. En las recorridas de sala evidenciaba esa capacidad, restringida a pocos, de ver a través del relato del médico de cabecera los detalles minimizados o pasados por alto. Agregando su habilidad como semiólogo y su obsesividad en el interrogatorio nos asombró en incontables ocasiones con diagnósticos tanto sencillos como extremadamente complejos que no habían sido formulados por los médicos de la sala. Todos los que trabajamos en el hospital hemos pedido su ayuda frente a pacientes con los que ya no sabíamos qué hacer y su consejo siempre ayudó a encontrar la luz en el camino. Otra faceta fascinante eran sus conocimientos radiológicos; sus clases de "radiomancia" en las que formulaba el diagnóstico de pacientes que no conocía a través de la descripción de la radiografía de tórax fueron siempre una actividad favorita de los residentes y en los ateneos su palabra cerraba las discusiones radiológicas.

No estaríamos haciendo justicia a nuestro compañero y amigo si sólo nos refiriéramos a los aspectos médicos de su vida. Al modo helenístico, Alberto cultivó un sinnúmero de otros intereses. Fue un enamorado de la música y un eximio ejecutante de la guitarra española a la cual se dedicó con el mismo afán de perfección que ponía en sus protocolos de investigación. No es casual que J. S. Bach, artífice del detalle y la perfección en la forma, fuera su músico favorito. Amante de la naturaleza, se dedicó a la observación y fotografía de aves. La identificación de un pájaro desconocido encerraba el mismo desafío que un enfermo complejo. Su pasión y alegría se trasladó hacia quienes lo escuchábamos y muchos en el hospital seguimos sus pasos con una guía de campo y un par de binoculares. Con algunos de ellos continuamos esta actividad y no podemos dejar de recordarlo cuando alguna de las aves que lo emocionaban se cruza en nuestro camino. Sus maravillosas fotografías como la del chucao, escondido pájaro de los bosques de Bariloche, fueron tapa de la publicación oficial de la Asociación Ornitológica del Plata a cuya comisión directiva llegó a pertenecer. Todo lo que hacía tenía "su" detalle que lo acercaba a la perfección con refinada pasión.

Alberto Martelli falleció por los caprichos de una enfermedad desgraciada cuya evolución despiadada y fuera de lo común observó con entereza. Los que lo asistimos en este período nos hemos quedado con su fortaleza ante lo inevitable y su deseo de vivir una muerte digna (vaya paradoja), como siempre predicó y practicó en sus pacientes. Parafraseando a Horacio, podemos decir que Alberto construyó un monumento más perenne que el bronce al cual ni la lluvia voraz ni el paso infatigable del tiempo podrá destruir. Su ejemplo humano y profesional fue enorme y su recuerdo acompañará permanentemente a todos los que tuvimos la fortuna de conocerlo. Cuando el sonido y la furia de nuestro tiempo se callen, pocos trascenderán. Creo que Alberto será uno de ellos.